

ARGENTINA: CRISIS POPULISTA Y NUEVA HEGEMONÍA

José Miguel Cándia

Resumen

El presente ensayo nos muestra el peculiar estilo de gobernar de Carlos Menem, que consiste en aplicar un vasto programa de privatizaciones y establecer una sólida alianza con los sectores más concentrados del poder económico, logrando así debilitar a los sindicatos y doblar la resistencia de los partidos de oposición.

Abstract

The present essay shows us the peculiar way of ruling of Carlos Menem, which consist in applying a wide program of privatization and stablishing a solid alliance with the most economically powerful of the sectors, achieving this way weakening the syndicates and the opposition parties.

"... partidos políticos, movimientos sociales, grupos de insumisos contra todo y la nada, individuos excéntricos, en el más exacto y cordial sentido de la palabra, debemos romper los espejos trucados del sistema para construir un nuevo imaginario emancipador..."

Manuel Vázquez Montalbán
Panfleto desde el Planeta de los Simios

No se equivocaron los existencialistas franceses cuando dijeron que el verdadero infierno es la mirada de los otros. El espejo implacable de la prensa internacional ha sabido reflejar, paso a paso, cada uno de los desatinos del presidente Carlos Menem. Disparates discursivos, excesos gestuales, afirmaciones incomprensibles han quedado minuciosamente grabadas para la historia en cada ocasión que Menem ha aprovechado la tribuna que le ofrecen sus constantes viajes internacionales para ganarse, de la peor manera, la atención de los reflectores.

De no haber surgido otro personaje con perfiles igualmente grotescos —el presidente Abdalá Bucaram de Ecuador— Menem sería, por lejos, el mandatario más pintoresco de este continente.

Lo que nadie imaginó —y esto constituye el lado trágico de la historia— es que aquel candidato de aspecto folklórico, modales pueblerinos y lenguaje rudimentario que sedujo a los votantes en mayo de 1989 para ganar, por primera vez, las elecciones presidenciales, sería el promotor del más profundo proceso de reestructuración que la sociedad argentina ha sufrido desde que se consolidó como economía capitalista, durante las primeras décadas de este siglo.

No estamos pensando que los cambios operados en la economía, en el funcionamiento de las instituciones y en las formas de expresar y procesar las demandas sociales y políticas obedecen, exclusivamente, a los caprichos o a la imaginación desbordada de un mandatario excéntrico.

Es oportuno recordar las condiciones prevalecientes a principios de 1989 para comprender tanto el comportamiento del electorado como el tipo de alianzas que Menem estableció y las medidas de gobierno que puso en marcha siendo ya presidente de la República.

El primer gobierno democrático posterior al régimen dictatorial, el de Raúl Alfonsín (1983-89), fue como una bocanada de oxígeno para un país agobiado por el terrorismo de Estado, pero también significó el inicio de un profundo sentimiento de frustración en el terreno de las demandas económicas y sociales.¹ La Unión Cívica Radical —un partido tradicional

¹ Fernando Jeannot, *Argentina: economía y política de una transición 1976/1990*, México, UAM-Azcapotzalco, 1991.

de orientación civilista y socialdemócrata— supo cumplir a plenitud con el reestablecimiento de las libertades públicas pero nunca encontró una respuesta satisfactoria para encauzar a una economía que se había desbochado desde la crisis de las Malvinas y que entró en franca bancarrota en los dos últimos años de la dictadura.

El breve interregno que significó el “Plan Austral” de 1985 permitió controlar la inflación y poner en orden las finanzas públicas. Pero el milagro duró muy poco, al abandonar el Estado su papel regulador, se esperó en vano que el mercado mantuviera dentro de parámetros razonables a las principales variables macroeconómicas. Para 1987 la carrera entre precios y salarios volvía a crear condiciones catastróficas; 1988 representó un año en el cual el país parecía funcionar al margen de la gestión del presidente Alfonsín y durante el primer trimestre de 1989, en plena campaña electoral por la presidencia, se vivió el peor brote hiperinflacionario de los últimos 25 años.

La campaña electoral: perfil de los candidatos

El triunfo de Carlos Menem sobre su rival Antonio Cafiero en las internas del movimiento peronista para elegir candidato, y su posterior registro como aspirante a la presidencia de la República por el Partido Justicialista (PJ) representó, para buena parte de la sociedad argentina, la posibilidad de superar definitivamente el trauma político que se había heredado de la dictadura y terminar con el comportamiento errático de una economía que deterioraba el nivel de vida de los trabajadores y desalentaba las inversiones.

Durante el desarrollo de la campaña el candidato supo responder a esta doble expectativa. A los sectores más necesitados de la población les prometió el “salariazó”, forma coloquial de llamar a lo que se suponía iba a ser un incremento generalizado e inmediato de los ingresos para quienes viven de un empleo formal. Para los inversionistas y empresarios Menem también tuvo una oferta esperanzadora: “revolución productiva” fue la

ambiciosa consigna que evocaba el retorno a un paraíso que se había perdido en largos años de recesión. La reiterada promesa de llevar adelante la defensa del mercado interno, impulsar la industria nacional y la instrumentación de medidas arancelarias y crediticias que revitalizaran el aparato productivo colmaban el interés que una franja importante del empresariado y la mayoría de las burguesías regionales habían puesto en Menem.

La propuesta del candidato no tenía el contenido “obrerista” del primer peronismo (1946-1955) ni el fuerte ingrediente antimperialista del programa que ese movimiento enarboló entre el fin de los años sesenta y principios de los setenta. Esa estrategia frentista que cautivó a la juventud propició que en 1973 un amplio segmento de jóvenes universitarios y muchachos de la clase media se enrolaran detrás de la candidatura de Héctor Cámpora. Sin embargo, el discurso menemista —pese a ser más difuso en su estructura— supo responder a las necesidades de un auditorio que además de escuchar promesas acerca de la defensa de la institucionalidad democrática deseaba oír propuestas viables sobre la recuperación económica del país.

El candidato no defraudó a su público. Salvo algunos gestos de cursilería popular que no fueron bien recibidos en ciertos sectores medios y el tono de algunas declaraciones a la prensa escrita y a la televisión que denunciaban una cultura política chata y una visión estrecha de las cuestiones nacionales, Menem fue capaz de decirle a cada sector social lo que quería escuchar.

Por el contrario Eduardo Angeloz, candidato de la Unión Cívica Radical (UCR), debía batirse en el peor de los mundos. Representante del partido que vivía sus momentos más dramáticos, tenía que convencer al electorado de que era capaz de resolver las cuestiones que no supo atender Alfonsín y, al mismo tiempo, que sabría remontar condiciones sumamente adversas para enderezar la nave económica por el camino del crecimiento. La misión era casi imposible frente a una sociedad que había pasado de la euforia democrática de 1983 a la desesperanza y la irritación que provocó la hiperinflación de 1989. Durante el mes de abril de ese año un verdadero ejército integrado por los habitantes de zonas marginadas salió a las calles de las principales ciudades del país a saquear tiendas y mercados.

Hubo que esperar poco tiempo para que los estados de ánimo se tradujeran en votos. El 14 de mayo de ese año más del 50 por ciento de los ciudadanos se pronunciaron por Carlos Menem, candidato del peronismo a la presidencia de la República. Ni el más agudo de los analistas se atrevió entonces a vaticinar los cambios que en algunos meses el gobierno de Menem pondría en marcha y que marcan, en sentido estricto, el inicio de un proceso de transformación radical en el modelo de desarrollo y en las formas de proponer y gestionar la política.

Menem presidente: un populismo ventrílocuo

Contra todas las expectativas y renegando de su propio pasado político Menem inició desde el comienzo de su administración, la vasta tarea de demoler, ladrillo por ladrillo, la herencia que representaba la antigua amalgama de fuerzas sociales. Desde hacía algo más de cincuenta años un amplio sector del empresariado vinculado al mercado interno, la mayoría de las dirigencias sindicales y una franja significativa de los partidos políticos sostenían un acuerdo —tácito o explícito según la coyuntura y las condiciones políticas prevalecientes— que reconocía como eje articulador de la vida social el compromiso de sostener un modelo económico expansivo y proteccionista con un fuerte protagonismo del Estado.

La desarticulación de los mecanismos tradicionales de intervención pública es parte de un proyecto más vasto destinado a dismantelar lo que algunos autores han denominado la matriz “Estado-céntrica”.² El programa de gobierno impulsado por Menem fue casi simultáneo con los procesos de modernización que emprendieron, a principios de los años ochenta, otras fuerzas de origen populista o socialdemócrata. Resultan ilustrativos, en este sentido, los casos del Movimiento Nacionalista Revo-

² Marcelo Cavarozzi, “América Latina: erosión del Estado y devaluación de la política”, en Manuel Canto y Pedro Moreno (comps.), *Reforma del Estado y políticas sociales*, México, UAM-Xochimilco, 1994.

lucionario (MNR) en Bolivia, del PRI mexicano a partir de 1982, de Acción Democrática en Venezuela con el retorno de Carlos A. Pérez a la presidencia y de los partidos Colorado y Blanco en Uruguay.

El desmantelamiento del marco regulatorio que rigió durante cinco décadas la relación Estado-empresas-sindicatos en Argentina fue acompañado de medidas de orden económico que modificaron el conjunto de normas al amparo de las cuales se pudo consolidar desde los años treinta un fuerte sector industrial vinculado al mercado interno y lo que fue, tal vez, el más vigoroso movimiento obrero del continente.

Algunas referencias estadísticas permiten ilustrar los principales rasgos del capitalismo argentino. Alrededor de 1950 los asalariados constituían casi el 75 por ciento de la población activa, proporción notablemente alta y superior a la que para esas fechas registraban algunos países europeos como Italia y Francia y considerablemente más elevada que las cifras de trabajadores asalariados que se presentaban en el resto de los capitalismos latinoamericanos.

Durante la década de los sesenta se profundizó el modelo sustitutivo de importaciones y ciertas actividades productivas como la extracción y refinación de petróleo, la siderurgia y la industria automotriz constituyeron nuevos polos dinamizadores para la economía argentina.

La proporción de población asalariada se mantuvo estable en medio de oscilaciones a la baja hasta mediados de los años setenta. No obstante, es posible afirmar que la sociedad conservó los rasgos que fueron dibujándose a lo largo del proceso de industrialización de los años treinta y cuarenta. Cierta crecimiento del empleo por cuenta propia y la gradual terciarización de las ocupaciones urbanas que comenzaron a presentarse a fines de los cincuenta, no cambiaron el perfil proletario del movimiento social y de las fuerzas políticas, en particular del peronismo.

El golpe de Estado que instauró la más férrea dictadura militar de este siglo (1976-1983) significó un primer cambio brusco en relación a las antiguas políticas económicas desarrollistas.³ El programa de la dictadura

³ Álvaro Abós, *El posperonismo*, Buenos Aires, Editorial Legasa, 1987.

incluyó disposiciones de efectos devastadores como la modificación de las políticas de aranceles, una paridad cambiaria que estimulaba las importaciones y la cancelación de numerosos subsidios que apoyaban a los productores locales.

Aunque las notas comunes son muchas sería inexacto pensar que el programa de gobierno de Carlos Menem es una continuidad lineal de las políticas de reordenamiento capitalista que inició la dictadura militar en 1976. Sin embargo el "Plan de Convertibilidad" que instauró el ministro Domingo Cavallo en 1991 contiene elementos que refuerzan el ciclo de reestructuración económica iniciado quince años antes y cancelan la etapa de ensayos desarrollistas que con diversas variantes habían prevalecido hasta 1975.

La caracterización más aproximada del programa del gobierno menemista es la que define a su administración como el más sistemático intento de demoler los cimientos del antiguo modelo de representación "Estado-céntrico". Este vasto sistema a través del cual se estructuraba la vida social reconocía sus principales soportes en las acciones del sector público y de los diversos dispositivos que lo integraban: seguridad social, presencia sindical en las instancias políticas, alianza obrero-patronal, movilidad y liderazgos carismáticos con fuerte vinculación con las clases subalternas. Este era el eje alrededor del cual se concertaba un régimen de pactos y consensos que alcanzó particular solidez.

De esta manera se consolidó un patrón de politización estatista con un régimen parlamentario relativamente débil y por lo general, superado por los acuerdos corporativos que sellaban los principales actores sociales.

Menem arremetió con especial firmeza contra los bastiones del antiguo pacto social. Un amplio programa de privatizaciones llevó a que en menos de tres años el Estado se desprendiera de las empresas de teléfonos, de comunicaciones (radio y televisión), del petróleo y del acero, de los ferrocarriles y los puertos, al igual que de la minería y las centrales termoeléctricas. Todas estas corporaciones estatales pasaron a manos de un pequeño grupo de empresas privadas.

El otro golpe específicamente orientado a restarle capacidad de negociación al movimiento obrero y desarticular el bloque nacional-popular

fueron las sucesivas reformas a la legislación laboral. En 1991 se promulgó la Ley Nacional de Empleo que modificó el antiguo régimen de contratos de trabajo —verdadero orgullo del peronismo— y abrió las puertas para diversos tipos de contratos temporales y a jornada parcial, además de facilitar los trámites de despido y cancelar numerosas prestaciones con lo que se incrementó la precariedad ocupacional.⁴ De las negociaciones por rama de actividad se pasó a los convenios por empresa, de esta forma se les quitó a los sindicatos la facultad de acordar de manera centralizada las remuneraciones y condiciones de trabajo que debían regir las relaciones obrero-patronales para cada actividad productiva.

La tarea de cambiar la antigua legislación tutelar por una legislación flexible similar al modelo español se vio favorecida por la notable reducción del empleo industrial. La caída de la ocupación fabril redujo la base social de los sindicatos más importantes como el de los trabajadores metalúrgicos, petroleros, automotrices y textiles. La disminución relativa del trabajo asalariado y el fuerte crecimiento de las ocupaciones por cuenta propia coincidieron con el aumento del desempleo abierto (19.6 por ciento a finales de 1996) y de la subocupación (14.5 por ciento) lo que contribuyó a debilitar aún más la situación del movimiento obrero, en particular de la agrupación de mayor arraigo en el sindicalismo peronista, las “62 Organizaciones”.

En el terreno específico del quehacer partidario, Menem supo explotar, al máximo, el agotamiento de las formas de proponer y ejecutar la política que habían predominado durante casi medio siglo.

Es posible aislar, con propósitos analíticos, las principales tendencias que definen la actual situación de la política argentina. Algunos de estos factores son similares a los que es factible identificar en otros países de la región donde el modelo neoliberal ha logrado una implantación más sólida. Son notorios, entre otros elementos, los siguientes:

-Disgregación social y despolitización. Se registra una pérdida relativa

⁴ Alberto Minujín *et al.*, *Los nuevos pobres: efectos de la crisis en la sociedad argentina*, Buenos Aires, UNICEF-Losada, 1995.

de la centralidad política acompañada de un proceso de desorganización de los comportamientos grupales que se habían arraigado en los diversos sectores sociales durante casi medio siglo.

-Intentos fallidos de estructurar conductas defensivas. Se detectan, tanto en el plano político como en el de las demandas económicas, intentos de reconstruir prácticas reivindicativas orientadas al Estado con el fin de que éste vuelva a instrumentar políticas tutelares.

-Surgimiento de nuevos liderazgos y vaciamiento de las antiguas estructuras partidarias. La emergencia de algunos curiosos representantes políticos como Collor de Mello en Brasil, Vargas Llosa y Fujimori en Perú o Carlos Menem en Argentina son la expresión del agotamiento de ciertas formas tradicionales de hacer política y de la búsqueda de nuevas vías de representación social. Aunque no rompen totalmente con los mecanismos de *toma y daca* cambian el eje de su vinculación con la sociedad haciendo a un lado las estructuras partidarias y el uso de los mecanismos parlamentarios para resolver los conflictos. Menem supo percibir un estado de ánimo colectivo que reclamaba *hacer las cosas* sin necesidad de tener que cubrir la gestión pública con discursos demasiado elaborados. Un rasgo de los nuevos tiempos es que la atención pública se desplaza rápidamente a cada gesto del presidente —por teatral o efímero que éste sea— sin esperar justificaciones que fundamenten con seriedad cada acto o decisión.

-Vaciamiento discursivo y fortalecimiento de las actitudes gestuales. Un rasgo común de los candidatos y presidentes de fines de los ochenta es la sustitución del mensaje oral por la imagen y el gesto.⁵ La televisión comercial juega, en este sentido, un papel determinante para manipular o inclinar las preferencias del electorado. Eduardo Frei llegó a la presidencia de Chile sin haber realizado un solo acto público de relevancia y Carlos Menem fincó las principales acciones propagandísticas de su campaña para la reelección (enero-mayo de 1995) en programas pseudoperiodísticos emitidos en los horarios de mayor audiencia para amas de casa y fa-

⁵ Juan Carlos Portantiero, “¿Crisis de la política?”, *La ciudad futura*, núm. 20, Buenos Aires, enero de 1990.

milias de bajos ingresos.⁶ En dichos espacios se dedicó a responder extensos cuestionarios sobre el tipo de ropa que le agrada usar; manifestar su opinión sobre cuestiones relativas a la promoción del deporte; nombrar las marcas de automóviles que prefiere o sus comidas favoritas y los lugares de paseo que suele frecuentar.

Se advierte que en el contenido del mensaje subyace una prédica “anti-política” cuyo núcleo está orientado a cuestiones que tienen poco o nada que ver con los temas públicos pero que encajan en el imaginario de una sociedad desencantada de los partidos y dirigentes tradicionales. De esta manera, estamos frente a un tipo de discurso que no es sólo la expresión de las limitaciones culturales de un protagonista de la vida pública o el reflejo descarnado de prácticas de comité o de actitudes marrulleras. Por el contrario, constituye principalmente la manifestación del agotamiento de ciertos estilos de concebir y difundir propuestas cuando lo que se busca es ganar la voluntad de un auditorio que —además de ser amplio y heterogéneo— se ha vuelto refractario a las formas clásicas de expresar la política.

La presencia de un medio de comunicación masiva, como la televisión, que permite ahorrar el costoso y no siempre eficaz mecanismo de los actos callejeros, contribuyó a generar una falsa imagen de cercanía y familiaridad con aquellos candidatos que saben *mostrarse* y decir las cosas como a la gente le gusta, aunque se trate de lugares comunes o de temas que tienen escasa relación con la marcha del país.⁷

El proceso de disgregación social agudizado por la recesión y el desempleo, el relativo debilitamiento de las estructuras políticas tradicionales y la pérdida de anclajes sociales abrieron un amplio espacio para que el desconcierto, y sobre todo el escepticismo de la opinión pública, le permitieran a Menem obtener tres victorias políticas importantísimas. En octu-

⁶ Rafael Roncagliolo, “De las políticas de comunicación a la incomunicación de la política”, *Nueva Sociedad*, núm. 140, Caracas, noviembre-diciembre de 1995.

⁷ Beatriz Sarlo, *Escenas de la vida posmoderna*, Buenos Aires, Editorial Ariel, 1995.

bre de 1993 ganó las elecciones legislativas con lo que aseguró el control del Partido Justicialista en ambas cámaras; en diciembre de 1994 puso contra la pared a la Unión Cívica Radical y obligó a que un jefe histórico de la UCR, el ex-presidente Raúl Alfonsín, aceptara la reforma de la Constitución con lo cual se creó el marco jurídico que hizo posible que Menem se reeliguera para un segundo periodo. El corolario inevitable de esta ofensiva fue el triunfo electoral en la elección presidencial del 14 de mayo de 1995.

Las fuerzas políticas opositoras pasaron de la impotencia —aceptar la reforma constitucional— a la indignación. Ni la UCR, tradicional baluarte de la clase media urbana, ni el Frente para un País Solidario (FREPASO) que conformaron Carlos Álvarez y Octavio Bordón, dos dirigentes peronistas disidentes, lograron capitalizar la inconformidad social de aquellos grupos de la población más castigados por el desempleo y la pérdida de numerosos subsidios públicos.

El resultado de las elecciones en la ciudad de Buenos Aires —un distrito históricamente adverso al peronismo— fue la excepción en el marco de una tendencia generalizada en favor del Partido Justicialista. El alto porcentaje de votos en favor de la UCR cuyo candidato Fernando de La Rúa ganó la intendencia de la capital de la República en junio de 1996 y el triunfo de la postulante al Senado por el FREPASO representan, en buena medida, el repudio focalizado de un sector de la clase media a los escándalos públicos y a la corrupción de algunos integrantes del gabinete menemista.

Un aspecto relevante de los procesos electorales que se describen es que la candidatura de Menem obtuvo el apoyo de los dos extremos de la pirámide social. En los barrios residenciales o de clase media alta se favoreció con el voto al PJ como un reconocimiento a la política de contención del gasto público y de estabilidad que se ha mantenido desde 1991.

En el caso de los distritos habitados por grupos sociales de menores ingresos la tendencia de los votantes se explica a partir de dos factores principales, uno de ellos es el llamado voto “duro” de sectores populares con larga trayectoria peronista. En estas zonas la población responde a tradiciones políticas muy arraigadas y actúa de acuerdo a conductas más estructuradas. La otra variable que concurre en la determinación de la

preferencia electoral es de orden social.⁸ La mayoría de los pobladores de los barrios marginales son personas desempleadas, subocupadas o trabajadores por cuenta propia. Para quienes se encuentran en estas condiciones, la reducción del empleo formal y la pérdida de prestaciones no significa una modificación de importancia ni en su nivel de vida ni en su status ocupacional.

Las zonas urbanas en las que se concentra la extrema pobreza han sido objeto de un tratamiento especial por parte del gobierno de Menem. Con el fin de moderar el impacto negativo que genera la eliminación de ciertos subsidios y prestaciones se han instrumentado programas de asistencia social a través de los cuales se distribuyen alimentos, ropas, medicinas y materiales para reparar las viviendas. No es equivocado pensar que esta política clientelar, parecida a la que llevó a cabo el gobierno de Carlos Salinas en México, asegure el apoyo de los segmentos más desprotegidos de la población cuyas preferencias políticas son difusas y los encuadramientos gremiales no existen o suelen ser muy inestables.

Sobre estos dos grandes pilares que se han mencionado —un modelo económico que se apoya en los grupos más concentrados de la burguesía industrial y financiera y el respaldo electoral de las franjas menos estructuradas de la fuerza de trabajo— el menemismo trata de construir una *nueva hegemonía* que respetando la liturgia y los símbolos de la tradición peronista brinde legitimidad social al programa económico neoliberal.

El diseño de una nueva hegemonía política es un proyecto de largo plazo que excede el mandato presidencial del propio Menem. El arraigo de una identidad que dibuje en el imaginario social un futuro de prosperidad en el contexto de un orden social cuyo eje articulador es el mercado resulta una tarea histórica sujeta a múltiples vicisitudes. Y en este sentido 1996 no fue un buen año para el gobierno de Menem. Debió afrontar tres

⁸ Carlos Vilas, "Entre la democracia y el neoliberalismo: los caudillos electorales de la posmodernidad", en Silvia Dutrenit y Leonardo Valdés, *El fin del siglo y los partidos políticos*, México, Instituto Mora-UAM Iztapalapa, 1994.

huelgas generales, dos de ellas de 24 horas —el 8 de agosto y el 26 de diciembre— y una de 36 horas los días 26 y 27 de septiembre que fue acompañada de movilizaciones obreras en las principales ciudades del país. El jueves 12 de ese mismo mes de septiembre, la UCR y el FREPASO organizaron de manera coordinada un apagón que se cumplió masivamente en los sectores industrial y comercial y también por parte de la población que dejó a oscuras sus domicilios.

Después de siete años de repliegue los sindicatos recuperaban la iniciativa. El sector más ortodoxo del peronismo gremial, agrupado en las “62 Organizaciones”, lograba colocar a uno de sus hombres, el dirigente Rodolfo Daer, al frente de la central obrera y desde allí promover acciones concertadas con los sindicatos combativos para resistir las medidas de desregulación laboral.

Por primera vez desde que asumió la presidencia de la República, la alianza social que le dio sustento y que constituyó una de las maniobras políticas más astutas que practicó Menem, parece resquebrajarse. Esa coalición entre los grupos más concentrados del poder económico y los sectores de menores ingresos —base tradicional del peronismo— le habían dado fuerza política para acordar una reforma constitucional, terminar con éxito su primer mandato y lograr la reelección con un resultado electoral apabullante.

La fortuna menemista parece estar terminándose. Se perciben ahora síntomas de agotamiento, en particular en sus eslabones más débiles: la población de menores ingresos y los desplazados por cuatro años consecutivos de recesión y desempleo.

La política económica del ministro Cavallo —sustituido en julio de 1996 por Roque Fernández— que ayudó a Menem a ganar varias elecciones, dejó también un reguero de problemas irresueltos. Además de la desocupación y el incremento de la pobreza nunca logró encaminar la economía hacia el crecimiento.

Curiosamente, la pieza maestra que le permitió al menemismo pensarse como un proyecto histórico destinado a cambiar para siempre el futuro de los argentinos, puede convertirse en su propio calvario político.

